

Crónica de la Biblioteca Popular Can Batlló

‘Luces de Bohemia’

Luces de Bohemia reposa en el centro de una mesa escolar, en la cara sur de la Biblioteca Popular Can Batlló (<http://canbatllo.wordpress.com>), en la nave 66 del Bloc Onze del recinto fabril de Can Batlló, en el barrio de la Bordeta.

La biblioteca autogestionada más grande, polivalente y con el mayor fondo documental de Catalunya se ha creado en medio de un mar de confusión: delante de esta caja de zapatos de ladrillo rojo, el taller Buci, de tratamiento de aluminio, cercano a la calle Constitució. Los otros límites: calle Amadeu Oller, con la iglesia de Sant Medir; calle Parcerisa y Camí de la Cadena, con la mezquita Camino de la Paz, y Gran Via de les Corts Catalanes, con la Jefatura Provincial de Tráfico, en el edificio acristalado de La Campana.

El día en el que los vecinos tomaron Can Batlló, degradado y afectado en los planes urbanísticos, ha dado nombre a la calle: “Carrer de l’11 de juny de 2011”.

Diez mil libros se apretujan y se codean entre sí en la Biblioteca Popular Can Batlló (el ex libris, en el reverso de la tapa o en las páginas de guarda de cualquier edición, es un dibujo de la fábrica con una columna de humo en forma de puño cerrado).

Junto a la puerta de maderas rojas, desbastadas, de la entrada, algunos de estos libros en régimen de liberación (*bookcrossing*): quien quiera, se los puede quedar, una manera de facilitar la lectura, deslingándola de la propiedad, de la posesión, de la pertenencia, para que vuelen sin restricciones como los líquidos, los aerosoles y los geles en los pequeños equipajes de los aviones.

Entre estos libros, *Luces de Bohemia* (colección Austral de Espasa Calpe, en la edición del lexicógrafo Alonso Zamora Vicente).

La obra en la que el dramaturgo loco Ramón María del Valle-Inclán consagró el esperpento pace con otros títulos decimonónicos, como *L’auca del senyor Esteve*, de Santiago Rusiñol, en la edición de cubierta amarilla de Edicions 62 (“les millors obres de la literatura catalana”).

Hora crepuscular. Un guardillón con ventano angosto, lleno de sol. Retratos, grabados, autógrafos repartidos por las paredes, sujetos con chinches de dibujante. Conversación lánguida de un hombre ciego y una mujer pelirrubia, triste y fatigada. El hombre ciego es un hiperbólico andaluz, poeta de odas y madrigales, Máximo Estrella. A la pelirrubia, por ser francesa, le dicen en la vecindad Madama Collet.

Hojea las escenas en las que Max Estrella, el poeta ciego y ácrata, deambula por el Madrid “absurdo, brillante y hambriento”.

Pizpireta y con desenvoltura, dadivosa y benevolente como el ángel del óleo de Zurbarán *La visión de San Pedro Nolasco*, una vecina de los barrios de la Marina-Zona Franca accede por segunda vez en su vida al interior de esta biblioteca: “Qué sitio más bonito, y antes de entrar me he tomado un café con leche bueniiiisimo, aquí delante, en el bar”. La señora con falda de pergamino y con pecas en la cara se refiere al bar comunitario que un grupo de jóvenes ha abierto en la sala anexa (“espai d’acollida”), donde hace una década se apretaban tornillos, se ajustaban moldes y se engrasaban cojinetes. El periódico de “comunicación popular” *La Burxa* sustituye a la prensa oficial (*El País*, *La Vanguardia*, *El Periódico de Catalunya*).

“Me he llevado estos dos libros para mi hijo, que trabaja en el CIE [Centro de Internamiento de Extranjeros, en la calle E del polígono industrial de Zona Franca],

porque tiene mucho tiempo para leer. Claro, él está con los de Cruz Roja, y menos mal, porque no puede ser que los pobrecitos que allí están encerrados estén en las condiciones en las que están; si incluso se duchan con agua fría...”, denuncia la señora, que se ha llevado, del muestrario de libros con los que la biblioteca obsequia a sus curiosos visitantes, *Eclipse total*, la novela del superventas Stephen King (el título original, *Dolores Claiborne*).

MAX: Yo me siento pueblo. Yo había nacido para ser tribuno de la plebe, y me acanallé perpetrando traducciones y haciendo versos. ¡Eso sí, mejores que los que hacéis los modernistas!

DORIO DE GADEX: Maestro, preséntese usted a un sillón de la Academia.

MAX: No lo digas en burla, idiota. ¡Me sobran méritos! Pero esa prensa miserable me boicotea. Odian mi rebeldía y odian mi talento. Para medrar hay que ser agradador de todos los Segismundos. ¡El Buey Apis me despide como a un criado! ¡La Academia me ignora! ¡Y soy el primer poeta de España! ¡El primero! ¡El primero! ¡Y ayuno! ¡Y no me humillo pidiendo limosna! ¡Y no me parte un rayo! ¡Yo soy el verdadero inmortal y no esos cabrones del cotarro académico! ¡Muera Maura!

El teatro de Valle-Inclán (*Divinas palabras; El marqués de Bradomín; El yermo de las almas*) ha pasado sin pena ni gloria por la vida del cocinero italiano Diego (Nápoles, 1947), calmado, aséptico y con un paladar habituado a las salsas (arrabbiata, pesto y carbonara). Los últimos quince años de su vida laboral entre fogones los pasó en el mesón Cinco Jotas (Rambla de Catalunya, 91), donde preparaba elaboradas paellas de marisco, su especialidad.

“Vengo aquí, a la biblioteca, porque me gustan los sitios tranquilos, poco ruidosos. Entre tú y yo, no quiero ni borrachos ni nada, no quiero jaleo. Aquí se está bien”, responde Diego, que a tenor seguidor salta como una liebre, temeroso de este reportero: “Porque esto no será para nada de política, ¿verdad? Que yo no quiero líos”.

Diego, que reside en Rossend Arús, se sienta en una silla de mimbre del fondo y pasa las páginas de una obrita deliciosa: *Recetario de cocina china*, de Miguel Shiao (Iberlibro, 1983).

“Además, vengo aquí porque ya conozco Can Batlló. En este mismo sitio un familiar poseía un taller de hierros, así que ahora vengo sin ensuciar las manos”, agrega, y esboza una sonrisa cortada por las sombras de su lucidez: “No quiero jaleos, ¿eh?”. En el viga de roble barnizado, a un metro de Diego, el cartel de los avisos, en el castellano rico del Siglo de Oro: “Por ser ésta zona de lectura, se ruega a toda persona que sea respetuosa con el lugar y que su voz la trueque en murmullos; los murmullos, en susurros, y los susurros, en silencio. Que la paz en los oídos ayuda a escuchar el hojeo, sonido que sólo molesta a los necios”.

En las estanterías esperan turno de lectura las joyas de las letras: *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain (Ediciones El País Aguilar, 2004); *Wilt*, de Tom Sharpe (Círculo de Lectores, 1986), y *Al este del edén*, de John Steinbeck (Luis de Caralt Editor, 1982).

Por las estanterías que aguantan el peso de cinco hileras de tomos, con el lomo negro y las letras doradas de la Enciclopedia Universal Ilustrada (Espasa-Calpe, 1958), pasa los finos dedos y los ojos de topacio la viva imagen de Liesel Meminger, la protagonista de *La ladrona de libros* (Markus Zusak, 2005), novela que está leyendo. La bibliotecaria Sònia Casals (Barcelona, 1985) ha venido a entregar su currículum: licenciada en la

Facultat de Biblioteconomia i Documentació de la Universitat de Barcelona, en el 2008; col·laboradora de la Associació de Famílies Adoptants a la Xina, etcétera.

“Aquest estiu passat, per la Festa Major de Sants, vaig veure a la televisió local una notícia sobre aquesta iniciativa veïnal, i em va encantar”, expone Sònia, una de esas alondras delicadas que atraviesan los paisajes de Moravia en la bibliografía del austriaco Stefan Zweig. “Fa uns anys que vaig acabar la carrera, però costa treballar a una biblioteca. Vaig fer les pràctiques al centre cultural Francesca Bonnemaison, al Ciutat Vella. I em diuen: ‘Presenta’t a unes oposicions’. I jo pregunto: ‘De quines oposicions parlem?’. Ara faig coses esporàdiques entorn el disseny i el manteniment de pàgines web. I he decidit fer voluntariat aquí, perquè aquí la gent fa el que li agrada, i aquesta biblioteca funciona perquè aquesta gent vol que funcioni.”

Es la primera vez que Sònia ha puesto los pies y las manos en la Biblioteca Popular de Can Batlló, y se ha sorprendido: “No voliar fer-me una imatge prèvia per no decebre’m, però aquest lloc és meravellós: tot molt ordenat i endreçat, i amb un sistema de catalogació internacional, i amb una decoració maca, que anima a quedar-te”, se regocija esta chica, que se descubre y se quita el sombrero cloche, tipo campana, de los años veinte, y que desprende la energía de las mariposas Monarca, que vuelan hasta las frías tierras del Norte de Canadá.

Atiende a la joven Sònia Casals la voluntaria Anna Barnés (Barcelona, 1947), una de las 24 bibliotecarias de Can Batlló que cubren todos los turnos de la semana (en su caso, entre otras horas, los viernes, de seis de la tarde a nueve de la noche; todos voluntarios, y cuatro de ellos, titulados).

“Molts hem estat en aquest procés des dels inicis, des què vam reclamar aquesta zona pel veïnat. Jo visc aquí al costat, treballava a la Ludoteca Olzinelles, i ara que estic jubilada aquesta és la meva casa. Tothom que aquí fa hores no en cobra res. El guany és social”, reflexiona Anna, con el bermellón de sus ropas tintando sus palabras.

“Històricament, La Bordeta ha estat un barri mal dotat i degradat, amb mancança d’equipaments i de zones verdes. La nostra lluita ha aconseguit, per exemple, portar aquí l’autobús 115 [Estació de Sants-Bordeta]. I ara hem remodelat aquesta illa de fàbriques, que és per a tothom, i quan dic tothom és tothom.”

Anna, la bibliotecaria voluntaria, hace un llamamiento para que los vecinos que se quieren desprender de su legado en papel donen los libros a Can Batlló, especialmente novelas publicadas en los diez últimos años: “Com la població del barri ja és gran, doncs tenim obres dels seixanta i setanta, títols que avui ja no corren. Per exemple, tenim tota la col·lecció de les revistes *Cavall Fort*, a més d’una enciclopèdia cedida per la biblioteca de Sant Medir, que és immensa, monumental, i que és un plaer agafar-la”, destaca, y se pasea por la secciones de Política y Economía, Ciencias Aplicadas y Poesía, y mima sus libros como si fueran las perlas de marfil engarzadas en un collar de Tiffany. “La gent té un lligam emocional amb els llibres, i no els pot destruir. Nosaltres els intentem donar una nova vida. ‘No es llencen, es reciclen’, els hi dic, i així es tranquil·litzen moltes consciències. En el fons, a la biblioteca, nosaltres treballem amb confiança mútua.”

Anna Barnés lee *Lo que queda del día*, del japonés Kazuo Ishiguro. Con otros compañeros, se ha encargado de reunir la obra crítica del feminismo (homosexualidad, transexualidad, Teoría de Queer...).

En un aparte, estantes para las películas (*La joven de la perla*, de Peter Webber) y estantes para la música clásica (*Concierto para violín y orquesta en Re mayor*, Op. 61, de Ludwig van Beethoven).

En la sala de estudios del altillo, el reloj parisino (Hotel du Canal St. Martin) da las nueve.

Anna Barnés apaga las dos estufas catalíticas de gas butano de la marca Benavent. Apaga los cuatro ordenadores. Apaga las luces, fluorescentes de bajo consumo como luminarias que arden en los balcones. Queda a oscuras el carrito con los títulos del “escritor del mes”, en este caso, Charles Dickens (*David Copperfield; Canción de Navidad; Historia de dos ciudades*).

Anna Barnés despide a Sònia Casals, que finalmente empieza el voluntariado el lunes 10 de febrero, por la tarde.

En la puerta, frente al taller de aluminios Buci, la propaganda para un sistema más justo y equitativo: “Free job”; “Acte de suport a Gamonal, aprenent de les lluites contra un bulevard” y “Agenda mensual del Bloc Onze, espai recuperat del recinte de Can Batlló. Gener, plantem idees”.

La idea que hay que plantar el 8 de enero: taller-debate Bombers Indignats.

La idea que hay que plantar el 10 de enero: Cabaret de Can Batlló.

La idea que hay que plantar el 11 de enero: merkadillo punk.

Las ideas echan raíces. Pero *Luces de Bohemia* aún aguarda sobre la mesita.

Nadie quiere a Max Estrella.

MAX: Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

DON LATINO: ¡Miau! ¡Te estás contagiando!

MAX: España es una deformación grotesca de la civilización europea.

Jesús Martínez

DESPIECE

Pluma 22

De una máquina de escribir Pluma 22, este texto se desprende:

“Memòria de Josep Pons: La nostra biblioteca popular es diu Josep Pons en honor a un bordetenc llibertari, coherent, lluitador insubornable i indomable perquè Can Batlló fos del barri. La Biblioteca de La Bordeta existeix com a un espai autogestionat pel veïnat. Fundada pel poble l’11 de juny de 2011, és d’accés lliure i universal i ofereix tots els seus serveis gratuïtament”.

Y debajo, el anexo:

“Funciona assembleàriament amb voluntariat de tota edat i un organigrama horitzontal dividit en tres subcomissions. [...] La Biblioteca forma part de l’Assemblea General de Can Batlló. La Biblioteca Popular Josep Pons està adherida a la Xarxa de Biblioteques Socials autogestionades”.